



CALANDRAJAS

Papeles de arte y pensamiento

Edita: Tertulia Calandrajás
Apartado 247

TOLEDO

NUM. 20
FEBRERO, 1989

Yaze la famosa Imperial Ciudad de Toledo en el riñón de España, que como a corazón de ella, parece que destinó la suerte, en medio de sus confines, o para ser, como lo es, Cabeza de su Imperio, o para ser fuente de sabiduría, policía, armas, y nobleza, que derramándose a todas partes con igualdad, enriqueciese con sus dones a todos los demás Pueblos, Ciudades, y Provincias. Que así como a Jerusalén, para más altos fines, la puso Dios en medio de la tierra (como lo toco de passo en mi Historia de David) así a Toledo, parece que quiso el Cielo plantarla en medio de España, para que como a fuente acudiesen todos a beber, y a participar de lo grande, de lo docto, de lo urbano, y de lo noble. Yaze, pues, digo, en la eminencia de un monte, dividida en siete lomas, a quien desde las faldas en contorno le van vistiendo sus casas, sus murallas, y sus cercas, éstas fuertes, y aquéllas tan apiñadas, que rematan en forma pyramidal, y de una apretada piña; epitetos que le vienen ajustados, pues si las pyrámides de Memphis, tan celebradas, eran los Mauseolos y sepulcros de los Reyes de Egipto, Toledo ha servido panteón de innumerables Reyes, que quisieron honrarse con sepultarse en ella; y si la mayor riqueza de la India son sus Piñas de oro, Toledo lo es también, no sólo en lo material, pues con sus doradas arenas la circunda y baña el Tajo, sino en lo formal es oro todo, y perlas quanto encierra. Aunque está sita, pues, en este monte, rodeanla por las tres partes, por Oriente, Occidente, y Mediodía otros montes de innumerable altura, tan hermosos a la vista, con sus riscos y pizarras, con sus muchos Cigarrales, Huertos y Jardines, que parece la sirven de corona y de guirnalda, al passo que el famoso Río la hace cinta de plata, y otro a los chapines.

(Cristóbal Lozano, *Los Reyes Nuevos de Toledo*, 4ª impresión, Madrid, 1729, pp. 1-2)

EL POETA/SOLO (POESIA VERTICAL/ ROBERTO JUARROZ)

*"Mis ojos buscan eso
que nos hace sacarnos los zapatos
para ver si hay algo más sosteniéndonos debajo"*

Son versos de un poeta. Un poeta solo: Roberto Juarroz (Argentina, 1926). Un poeta sumamente esclarecido y totalmente desconocido. Un poeta de una sola obra: *Poesía vertical*. Un verdadero y gran poeta han dicho de él escritores como Cortázar y Octavio Paz. Y a todos los que hemos tenido la suerte de encontrarnos con esa su sola obra nos parece que ya no leeremos poesía igual. Fue Cortázar, otra vez él, quien dijo: "Hacía mucho que no leía poemas que me extenuaran y exaltarán como los de Juarroz". Poemas de fondo como la soledad.

Alvaro Mutis, Nicanor Parra, Alberto Girri... representan junto a Roberto Juarroz el comienzo de la poesía hispanoamericana contemporánea. Una poesía auténticamente marginal, lejos de la civilización de occidente. Casi todos -cuenta Octavio Paz- se reconocían en una frase del Camus de aquellos años de la segunda posguerra: "solitario solidario". Poetas que no han posado para la revista que dirige el poeta amigo. Poetas que no buscan al aplauso, ni se presentan al premio, ni están en las presentaciones. Poetas que no necesitan de otros poetas porque, sencillamente, hay un poeta en cada uno de ellos.

*"El hombre
maniqué de la noche,
apuñala vacíos.
Pero un día,
un vacío le devuelve feroz la puñalada.
Y sólo queda entonces
un puñal en la nada".*

Poesía vertical. Indefensa ante la otra: la de salón. (Esos encuentros tan poéticos en los que no suele haber un solo poeta). Poesía vertical de la que brotan palabras que exploran, no inventan. Palabras solidarias con las infinitas posibilidades del hombre, sobre todo del hombre que duda e intuye otros caminos. Poesía de instantes absolutos como, magníficamente, la definió René Char. Comunicación total, sin ninguna otra barrera que la propia palabra.

*"El oficio de la palabra
es la posibilidad de que el mundo diga al mundo,
la posibilidad de que el mundo diga al hombre.
La palabra: ese cuerpo hacia todo.
La palabra: esos ojos abiertos".*

Poesía vertical. Libre, por haber renunciado a la gloria del momento. Eterna, por no utilizar los moldes establecidos y no caer en las sugestivas modas que a tan numerosos poetas han dejado secos. Poesía solitaria, por aceptar la soledad como herramienta, no sólo de trabajo. Solidaria porque su horizonte es el de todos, aunque muy pocos lo hayan mirado realmente. Poesía tenaz, sublime e inútil, creadora y torpe. Poesía marginal y marginada por los santones culturales de occidente. Poesía, pues, de difícil acceso.

*"No mirar, simplemente:
ahuecar o rellenar las cosas
con la mirada.
No pensar, simplemente:
hacer lo que se piensa
tan sólo con pensarlo.
No amar, simplemente:
bajar con el amor a los subsuelos
de aquello que se ama.
No vivir, simplemente:
trasladar la sustancia de la vida
hasta la orilla opuesta".*

Roberto Juarroz es un claro ejemplo de vocación

poética. Necesaria para crear y sentir una voz propia que haga callar a los portavoces. Vocación solidaria con la soledad y en lucha contra la desidia y la inercia. Vocación que excluye al poeta del tiempo real, ése que otros reinventan, afanosamente, por necesidad y utilidad. Roberto Juarroz se limita a construir sus poemas lejos de la crítica, de los jurados e incluso de las publicaciones.

*"Caen palabras de las nubes.
Caen para caer,
no para que alguien las recoja.
Caen para recuperarse
en la tensión más quieta.
De pronto
una de esas palabras queda como suspendida
en el aire.
Entonces, yo le doy mi caída".*

Caída vertical. Como caen, ya, estas líneas que escribo en un olvido absoluto. La poesía comercia con el lector. Y yo sólo he pretendido despertar en ese desconocido lector la necesidad de acercarse, por difícil que sea, a uno de los poetas más auténticos de la poesía contemporánea.

*"... no he visto nada entre mis manos,
he visto lo mío
entre otras manos que no existen".*

Jesús Maroto

LIBROS A PROPOSITO

Roberto Juarroz, *Poesía vertical*, editorial Monte Avila, Caracas, 1976.

Octavio Paz, *Los hijos del limo*, editorial Seix Barral, Barcelona, 1981.

F. Savater, *La tarea del héroe*, editorial Taurus, Madrid, 1981.

PARA LEER EN EL RESPONSORIO DE MARIA TERESA LEON

A no sé cuántos días fecha, en Toledo -el Toledo con cuyo torturado recuerdo entretejas ilusiones-, me entero de que has llegado adonde ibas.

Pero, ¿dónde escondiste el tintineo de tu risa?, ¿en manos de quién has dejado la luminaria de tus ojos?, ¿a quién confiaste el recuento de los besos que comunicaban rosas de aliento, que restauraban el color perdido de las mejillas?

Los que vamos por el mundo con la fresca huella de tus labios no encontramos fronteras que valgan, y el sol no se pone en nuestros dominios. La tierra que ya te cobija es ancha y llana, y el Plata, el Tiber, el Aniene,



o este padre Tajo, con su blanca melena artificial, mefítica, no son obstáculos, y las contiendas, el juego de la guerra se retrae, se confunde.

Bien se te dio. Aprendiste a zurcir calcetines. Aceptaste el trueque de la pluma por la aguja -acero no de igual temple-, para poner coto a la pobreza de unos pies a los que acompasabas, por amor, tal vez por compasión amorosa, el paso de los tuyos.

Tesonera en rechazar lecciones de orgullo, mantuviste la cabeza en alto y la mirada por encima de las pequeñeces de todos los días. Cuántos corazones, María Teresa, de seres humanos -y no sólo humanos- recuperaron su latido sobre la abrazada turgencia de tus abundosos senos, y otros se columpiaron de polo a polo para sumergirse, de nuevo infantiles, en la placidez de la Vía Láctea que prometías. Cuántas caricias; cuánto bálsamo derramado; cuánto óleo para ungir frentes abrumadas.

Te caía bien el pañuelo que te compraste en China. Salió de tu escasa maleta para acompañar por las calles de Anticoli, en la provincia del Lazio, al intruso que inflamó tu habla con la brizna de luz española que apretaba entre sus dientes. Respirabas con la ufanía de un mástil acariciado por el viento sedoso de una bandera. Lo que siempre fuiste. Alberto, el escultor toledano, amigo que desde la lejanía moscovita compartió contigo las horas del reloj siempre retrasado, el pan siempre duro, la silla siempre coja del destierro,

te habría encontrado parecido con la más simbólica de sus estatuas.

"Miele e muschio". Alguien susurró esas palabras misteriosas a tu oído. Tú comprendiste. Nadie más. La casualidad puso cerca de ti un cartel con el lema que rigió tu vida. En aquella tiendecita de modas, al lado de tu casa romana, calle Garibaldi, ofrecían por un precio módico en liras de curso legal la dulzura de la miel y la suavidad del musgo.

Te seguían, juguetones, tus perritos: "Chico", y la sombra del desaparecido "Marco". Te saludaban tus vecinas agitando las manos y las cabelleras. En lo alto de la plaza de aquel pueblecito encaramado sobre los montes Rufos, ocultando el manantial de la fuente, el otrora

bello doncel, impaciente, blandía su báculo -una rama de árbol descortezada y nudosa-, y demandaba prisa.

Tantas manos como estrechaste; tanta geografía como pisaste e hiciste tuya, y tú te hiciste de ella... En el hueco de tu memoria -la memoria de la melancolía- cabían ya pocos nombres, y si los recitabas era porque el mecanismo de tu boca estaba acostumbrado a ello, como las chimeneas al humo.

Y hoy se repite lo que hace unos días publicaron los periódicos sin saber qué decían, como si tu muerte fuese cosa de ayer, de un día, de una hora determinada; como si fuese novedad.

Preferible el exilio amargo de Roma al hielo de la soledad de Madrid, adonde soñaste entrar a la grupa de un caballo blanco. Si no se cumplió el sueño de ser walkiria, tampoco fuiste sibila y no adivinaste tu salida de la capital cabalgando un jaco negro con los cascos limpios de fango -¡por fin!-. y con las alas desplegadas.



M. Fernández Nieto

HUESPEDES

-Carta -gritó excitada la anciana.

El levantó los ojos del diario y la miró asombrado; ella siguió comentando.

-Qué bueno, hacía tiempo que no nos escribían, eso me emociona.

El no dijo nada, bajó los párpados y siguió leyendo.

Ella se palpó los bolsillos, calzó los lentes y se sentó en el sillón de hamaca; después de unos segundos se volvió al viejo:

-¿No me preguntas de quién es la carta?

-Sí- preguntó él dejando el diario -¿De quién es la carta?

-De mi hermana -sonrió dichosa y se recostó en el respaldo del alto sillón de mimbre enrulado, como recordando algo feliz.

El tomó el diario y volvió a su lectura.

-Siempre leyendo ese maldito diario -rezongó ella levantándose del sillón.

-¿Qué quieres? -contestó él doblando el diario- que te pregunte qué dice tu carta; si no es de mi familia.

-Ah, ah... es bueno saberlo, después de cincuenta años de matrimonio mi familia no es la tuya. Ya se lo diré a mi hermana cuando llegue, porque dice que viene el 25.

-El 25, ¿qué día cae el 25?

-Si sabes contar: hoy es 24; detrás del 24 viene el 25.

-Podía haber esperado un poco más para venir.

-Porque no es de tu familia -chilló ella-, cuando viene tu familia muy bien que quieres que tenga todo arregladito y dulce de leche casero y albóndigas.

-Sí, sí... Ahora, ¿qué harás para esperar a tu hermana?

-Vete volando, viejito lindo, vete al puesto, que tengo que hacer la compota de duraznos que a ella tanto le gusta y pasteles.

-Imposible, estamos a fin de mes, no tenemos dinero. No hemos cobrado la jubilación.

-Dile a la puestera que nos fíe, que viene mi hermana de Montevideo.

-La puestera ya no nos cree y dijo que no vayamos más.

-¿Qué importa si igual nos fía; sabe que en los primeros días le pagaremos. Don Paulino ya lo dijo.

El tomó el bolso y salió. Ella comenzó una gran limpieza. Cuando él volvió del almacén con el pedido lo dejó sobre la mesa. Sin hablar, descolgó una cortina descolorida, la echó en agua y jabón. Así pasaron la jornada casi como cuando eran jóvenes. A la noche se acostaron rendidos y ella, antes de dormirse, le comunicó sonriendo:

-Es una gran cosa que de vez en cuando nos visite alguien. Hemos quedado tan solos...

-Sí -afirmó él un poco resentido-, la próxima

vez le toca a mi familia.

Al clarear el alba se levantaron.

Ella pasó la mañana en la cocina y él colgó las cortinas y planchó un mantel, las sábanas y una funda para la visitante.

-¿A qué hora llega tu hermana? -preguntó él a mediodía, mientras comían.

-Al atardecer, en el tren de las siete.

-¿Qué tarde, estoy cansado; creo que me acostaré.

-Duerme un ratito la siesta, eso te renovará: es excitante tener huéspedes; yo te llamaré a las cuatro y aún tenemos tiempo de tomar unos mates y mudarnos; después iremos a la estación a esperarla.

El la miró con ojos tan apesadumbrados que ella comprendió que eso era demasiado. Hasta hacía dos años iban a la estación a esperar a los huéspedes; ahora se habían vuelto viejos, achacosos.

-Bueno, vete a dormir, no iremos a la estación. Yo me quedaré en casa y tú irás a la esquina.

Desde las cinco y media fueron y vinieron de la puerta de calle a la esquina, mil veces; por fin, el viejo, cansado, le pidió una silla.

-Esperaré a tu hermana sentado.

-Deja, no la esperes más, tal vez no venga, ya van a ser las ocho. Tal vez leí mal la carta o dice otro día.

-Mejor, pues me caigo de sueño.

Sin más comentario se marchó al dormitorio y se acostó.

Ella quedó desolada, sentadita en su alto sillón de mimbre lleno de rulos.

Mañana sería un día bien triste, pues ninguno vendría, ni siquiera el cartero. El cartero no podía venir cada día, y ellos estaban tan viejos y tan solos. Anita había muerto, y los nietos nunca se acordaban de visitarlos. La comida que había preparado les alcanzaba para varios almuerzos.

Se levantó y comenzó a guardar las cosas, destendió la mesa y dobló el mantel; después se acostó al lado del viejo, que dormía roncando suavemente como si apagara velitas de cumpleaños.

Cuántos años tenemos, cuánto hemos vivido juntos, cuántas velitas se precisarán para velarnos. Si Marcela hubiera venido no me pasaría esto, pero yo sé que ella no puede venir, ni ella ni nuestra hija Marcelita. Ya no vendrá ninguno. Y otros no deben venir; cualquiera no puede ser nuestro huésped; la gente joven nos cansa, parecen eléctricos, siempre saltando y siempre masticando chiclets. Nuestro tiempo era mejor...

El día siguiente era otro día, que pareció siempre el mismo.

El, después que tomó el mate, carpió unas plantas, sacó algunos yuyos, puso veneno a las hormigas y se sentó a leer el diario, y así pasó la mañana. Apenas si al tomar la sopa preguntó:

-¿Hoy no vino el cartero?

-No.

-¿No tendremos visitas? -insistió él.

Ella se encogió de hombros disgustada

-Entonces, ¿podemos comer la compota de

duraznos?

-Sí, -concedió ella y sirvió cuidadosamente, dejando otras dos partes para la próxima comida.

-Dame un poquito más -pidió él-, total tu hermana no vendrá.

-No importa, es el postre de mañana; acuérdate que estamos a fin de mes.

El no replicó; comió sin mirarla y luego fue a dormir la siesta bajo la parra; era una siesta informal, pues si se acostaba, a la noche no tendría sueño. Sólo se acostaba cuando estaba muy cansado.

Ella lavó los dos platos, dos cucharas, dos tenedores, dos cuchillos, una cacerola; levantó el mantel y fue a sentarse cerca de él, bajo la parra y dormitó; hasta la hora del mate, en que se levantó para prepararlo. Después del mate se sentaron a la puerta y así llegó la hora de dormir y la noche se hizo muy larga, como son siempre las noches de los viejos.

A la mañana, ella notó que él estaba preocupado.

-¿Qué tienes?

-Nada.

-No mientas, a ti te pasa algo.

-No. Te digo que no.

Y para cortar la conversación tomó el diario y, ceñudo, se puso a leer.

-Ese maldito diario -rezongó ella.

El viejo enterró un poco más la nariz entre las hojas.

-Ni siquiera contestas, qué mal educado eres. Y un diario antiguo, ¿no te da vergüenza? ¿Nada tienes que hablar con tu mujer? ¿Te interesa más un diario de 1944, que habla de la guerra, que yo.

-Qué quieres, tú sabes lo caro que se han puesto los diarios; es un lujo que no podemos darnos.

-Sí, sí, pero bien podías hablar un poco conmigo; ya nunca conversamos; desde la muerte de Juancito no hablamos más.

El dejó el diario y la miró pensativo.

-Tienes razón, tú tampoco tienes buena cara.

-Qué cara quieres que tenga a los ochenta años.

-No es eso, es que estamos muy solos; si por lo menos viniera el cartero... después que murieron los hijos...

-Sí, sería lindo que fuera tu familia la que viniera.

-Sí -dijo él volviendo a su lectura-. A ellos les toca venir.

Ella salió y unos minutos después volvió diciendo excitada:

-Llegó, llegó...

El levantó los ojos del diario, la miró asombrado.

-Qué bueno, hacia tiempo que no nos escribía y eso me emociona.

El no habló, bajó los ojos y siguió leyendo.

Ella se palpó los bolsillos, calzó los lentes y se sentó en su sillón de mimbre; después de hamacar-se unos segundos, dijo:

-¿No me preguntas de quién es la carta?

-Sí -contestó dejando el diario. ¿De quién es

la carta?

-De tu madre -sonrió ella feliz, y se recostó en el alto respaldo; el rostro de él parecía rejuvenecido.

-¿De mamá? -preguntó como cuando era niño.

-Sí, de ella, y viene el 28.

-¿Qué día cae el 28?

-Podía haber esperado un poco más -rezongó ella-; mañana es 28.

-Mi madre no puede venir porque hace mucho murió -recordó tristemente él.

-No digas eso; la última vez que estuvo con nosotros estaba mejor que nunca; además, aquí tengo la carta.

-¿Estás segura? -preguntó angustiado.

-Por supuesto: Salto, mayo de 1944 -dijo enseñándole un papel amarillento.

-Ah, pero es raro.

-Raro, ¿por qué? Si no te acuerdas de la fecha, fijate en el diario que estabas leyendo.

-Sí, es de mayo de 1944... ¿Vas a hacer dulce de leche?

-Si tú quieres.

-¿Y albóndigas?

-Si tú quieres.

-Iré al puesto a buscar la leche. Pero, qué le diré para que me fie la puestera; cada vez estira más la trompa.

-Cada vez la plata nos da para menos... No le digas a ella que mi hermana no vino. Si te pregunta algo, dile que tú no la viste porque no te hablas con ella, pero nada digas porque tampoco nos creará ahora.

-Por supuesto, son cosas tuyas y más las llegadas de nuestros huéspedes; no le interesa a ninguno más que a nosotros. Ni siquiera le diré que hoy llega mi madre, porque tampoco me creará; le diré que esperamos a Pepito; como es joven...

-Sí -sonrió ella-, siempre fue tu mimoso; Blanca era la mía; ahora está allá, en Maldonado, en su Tumba Azual con su marido.

-Pepito, Juan... -el viejo se secó una lágrima, que corrió por entre su canosa y descuidada barba. Tomó el bolso y ella comenzó una gran limpieza.

Cuando él volvió del puesto con el pedido lo dejó en la mesa y se quedó mirándola pensativo; luego, sin decir nada, descolgó las cortinas del baño y las puso en agua y jabón.

Y pasaron la jornada trabajando, casi como cuando eran jóvenes. A la noche, se acostaron rendidos y ella, antes de dormirse, le comunicó risueña:

-Es una gran cosa que de vez en cuando nos visite alguien, hemos quedado tan solos... La próxima vez le toca a mi familia.

Consuelo Diago

latia o cão na infinita possibilidade do não-ser

Paulo da Costa Domingos

o jovem delirante que ama seu carrasco
e a ele entrega a sua vida
transgressões de um herói de hq
em busca do tema perdido

os pequenos diabos ridículos de leon tólstoi
quantas vezes assassinaram pasolini
sim, heine,
os mortos são insaciáveis
um astronauta flutuando no espaço
o homem é um camaleão

sobre o espectro do bem & do mal
dependuraram a cabeça de nietzsche
ofertório das contradições a bordo do inferno

diante do estranho silêncio dos torturados
robôs dispersavam
fileiras
de
desempregados
entre pilhas de automóveis
a causarem indigestão no estômago das fábricas

latia o cão na infinita possibilidade do não-ser
hamlet oh hamlet
o ser é uma matilha
dispersa
no labirinto
do tempo

ladraba el perro en la infinita posibilidad del no ser

P. da C. D.

el joven loco que ama a su verdugo
y a él entrega su vida
transgresiones de un héroe de hq
en busca del tema perdido

los ridículos diablillos de león tolstói
cuántas veces asesinaron a pasolini
sí, heine,
los muertos son insaciables
un astronauta flotando en el espacio
el hombre es un camaleón

sobre el espectro del bien y del mal
suspendieron la cabeza de nietzsche
ofertorio de las contradicciones a bordo del infierno

delante del extraño silencio de los torturados
robots dispersaban
hileras
de
desempleados
entre montones de automóviles
causando indigestión en el estómago de las fábricas

ladraba el perro en la infinita posibilidad del no ser
hamlet oh hamlet
el ser es una hierbecilla
dispersa
en el laberinto
del tiempo

Florian o Martins

DEATHS

I
Osip Mandelstam

*With a glass of
boiled water
not yet cold
by a small stove
not giving out
much heat
he was sitting
and saying over
those green words
Laura and laurel
written in Avignon*

*when out of the somber
winter day entered
Death in green clothing
having traveled
by train and on foot
ten thousand kilometers to
this end,
and moving aside to give him
a place at the fire, the poet
made him welcome, asking
for news of home.*

II
César Vallejo

*Darling Death
shouted in his ear,
his ear made to record
the least, the most finespun
of worm-cries and
dragonfly-jubilations,
and with that courtesy he accorded
all clumsy living things
that stumble in broken boots
he bowed and
not flinching from her black breath
gave her his arm and
walked back with her the*

*way she had come and
turned the corner.*

Denise Levertov

MUERTES

I
Osip Mandelstam

*Estaba sentado
cerca de un pequeño
horno que muy poco
calentaba
con un vaso
de agua hervida
aún sin enfriar
y repetía
aquellas verdes palabras
Laura y laurel
escritas en Aviñón*

*cuando del lóbrego
día invernal entró
la Muerte que viajara
ataviada de verde
por tren y a pie
diez mil quilómetros
a su confín,
corriéndose para hacerle
sitio junto al fuego, el poeta
la ayudó a instalarse, pidiéndole
noticias de casa.*

II
César Vallejo

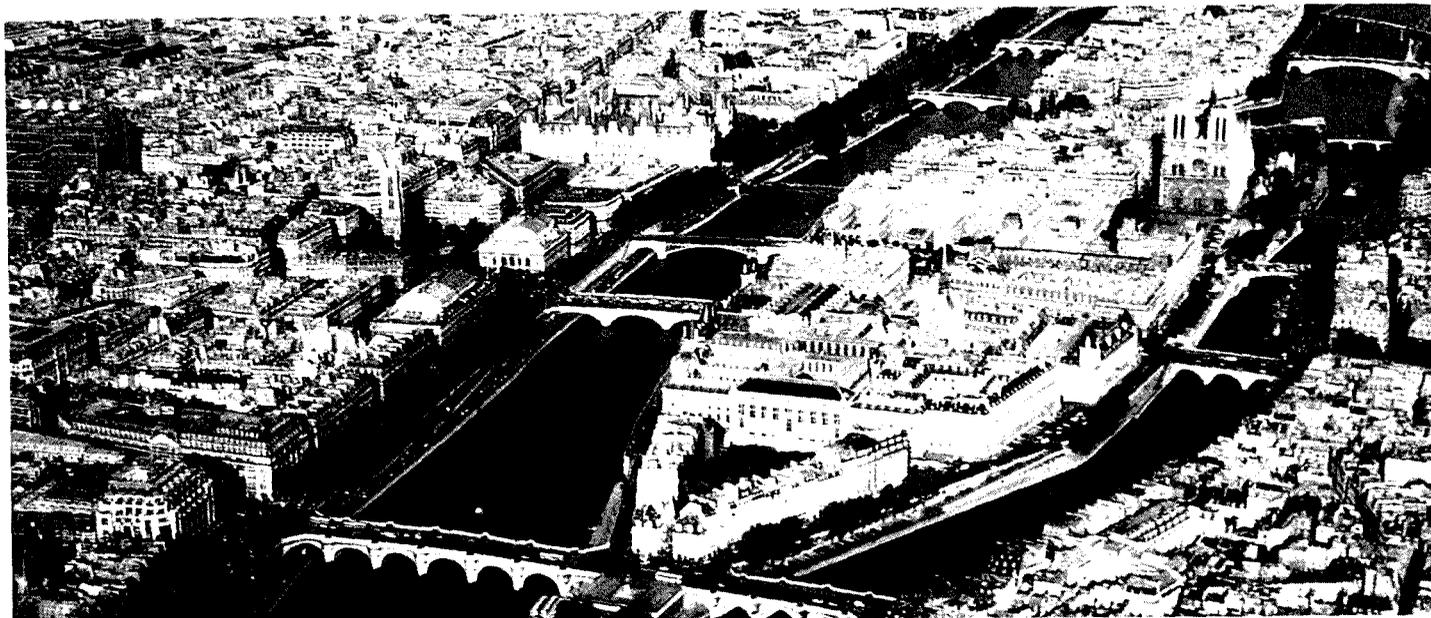
*Querida Muerte
gritó en su oído,
su oído hecho testigo
de lo imperceptible, del más sutil
lamento del gusano y
júbilos de la libélula,
y con aquella cortesía que otorgaba
a las torpes cosas vivientes
que tropiezan con las botas rotas puestas*

*hizo una venia y
sin vacilar ante su negro aliento
le dio el brazo
desandando con ella el camino
por donde llegó y
dobló la esquina.*

(Traducción de José Kozer)



Beato, *Inquisidor*, óleo sobre tela, 146 x 114 (1977).



DIARIO DE PARIS

1. Mañana de julio, abierta como un abanico chino, sobre París.

A la puerta de *La maison Lucien Paye*, en la ciudad universitaria, frente al altorrelieve que hermosa la fachada, un gato negro se acomoda como una leyenda a la palabra *tradition*.

-*Bonjour*, Napoleón, le digo al pasar.

El gato me atraviesa severamente, con sus ojos de jaspe. No me responde.

Este es el modo en que los gatos, en Francia, conservan el don de romper las tradiciones sin recurrir al mal de ojo.

2. A la hora en que la tarde repite en *Les Halles* una indiferencia de espejos que la disolución de tantos rostros ignora hasta el final, la conmoción me deja a la espera de volver a encontrar en el pulso esa oscilación distante del péndulo que a sí mismo se anula, interminablemente frío, como el metal, como la sombra.

3. En cuanto el día se cierra como una cortina de humo, ceniciento humo, sobre París, él exhibe su número exponiendo el pecho, pesadamente, sobre aristas de vidrio amontonado en el suelo, austero como un dios, perfecto como un hombre.

¿En qué arenas de Arabia reposan ahora los ojos de sangre del pequeño faquir?

4. En *Pigalle* (el que, desde *Montmartre*, desciende por el *Boulevard de Clichy* aquí llega por fin) un joven eunuco exhibe, a la puerta de un *sex-shop*, el eficaz vibrador antaño usado por *madame Pompadour*, ex-

voto, en buen estado como puede verse, práctico, portátil, recomendado para reparación o desagravio.

5. En lo que tarda en cantarse *Au clairon des chasseurs* por la colina de *Montmartre*, una fluctuación de marea negra turística se desdobra, sin prisa, por la *Place du Tentre*, cortando después, sin dirección fija, en busca de espacios más amplios, por donde corren ahora calles estrechas, discretas moradas, casas de tolerancia, tejados, toscas puertecillas, estrechas ventanas.

6. Bajo el follaje verde que la plaza ofrece cansadamente frente a la basilica de *Saint Eustache*, junto a *L'Abbesses*, el cortejo fúnebre prolonga la saturación de un luto de gran ciudad: aceptable, fechado, formal, mientras no llegue la hora de las exequias, ligeramente rezadas, camino del cementerio de *Montmartre*.

7. Y esto es París: una incontable batería de torres apuntadas al cielo; el Sena, abrazado a sí mismo; una fachada ochocentista dando aspecto ceniciento a las plazas por las que anduvo Voltaire; el silencio de un loco con la boca atravesada de espadas; la mañana desenclavándose en la calle de *Saint Denis*; un bando azul, como todos los bandos, repitiéndose de árbol en árbol en la *Ile de la Cité*; un *gitâne* nostálgico vagamente perdido en los dados; un periódico antiquísimo tiernamente arrastrado por el viento; un repique de campanas por la tarde posado en el hombro; esa espera de un hombre perdido en el tiempo.

Vergílio Alberto Vieira

Calandrajas

PAPELES DE ARTE Y PENSAMIENTO

TOLEDO

Suplemento al número 20
Febrero, 1989

Javier Sánchez Menéndez

TRES POEMAS



(Enrique Higuera, *Desnudo*. Collage)

LUIS PULCI COMPONE UN POEMA
EN HONOR AL TORNEO QUE
LORENZO CONQUISTA POR
LUCRECIA DONATTI

“Se tiricorda anchor del tempo antico”

L. Pulci

Ayer la providencia vistió de rojo.
La primavera es llanto, cielo, luz
que aguardo
compañero de armas, amigo.
Espero todo lo que podáis darme:
maldad o cualquier síntoma
ejemplo de otros males,
convencimiento fiel
si la esperanza sobra,
pura palabrería en torno a tus vestidos,
a tus brillantes ropas
repletas de laureles amarillos
del tiempo.

Ha envainado la espada.
Inmóviles las manos.
Tus ojos no veían
más que el pequeño cuerpo
de la hermosa Donatti:
sus trenzas recogidas,
sus manos levantadas
que Verrocchio presenta,
su rigurosa piel
en busto peregrino,
y el ramillete frío
pegado sobre el pecho,
atrás,
y el corazón
descubre un ardor combativo.

HOMENAJE A LA TERNURA

"¡Ven, que quiero desnudarme!"

Manuel Altolaguirre

Este vacío perdido en la penumbra
es un misterio extraño de silencio,
quizá un sueño del alba
o un oscuro hábito del tiempo,
una luna enquistada
en mi persona,
un vacío hondo y eterno
como el pulso del aire en la ternura.

EL ALBA

Ha llegado la música con los labios abiertos,
ese himno de Purcell
que nos deja dormidos
y suspiras muy pálida y medrosa.

Tuve miedo de amar toda tu frente,
los milímetros dulces que ahogan tu cabeza,
retener con las manos los cabellos
y derribar la muerte
que flota entre los báculos.

Duerme dulce y serena,
sueñas con algún dios pagano
de los templos,

con una voz efímera,
con un fondo amarillo como el alba.
El alba, tu presencia, esa música
pesada del Catch Club,
la energía brillante de las luces
y los hombres son sombras.

Te retengo en mis brazos y comprendo
que las nubes no son las solitarias,
que los héroes no son como poetas.

Te retengo un momento y te incorporas,
viene el amanecer y vienen ojos de amor
como los tuyos.

Mi corazón pronuncia tu nombre,
esa canción
flotando
se lo lleva.